

Joyce DiDonato,

artifex sui *

por Otto Cázares



Existe una cierta estirpe de artistas en la cual el carácter propio constituye una gran proporción de su arte. En realidad, no son muchos los artistas que van conquistando escenarios como si fueran campañas militares: Goethe lo hizo en la literatura; Plácido Domingo en los teatros líricos. Cabe pensar que estos gigantes pudieron haber escogido una rama cualquiera de la actividad humana y conquistarla de igual manera. El brío y el talento son extraídos por estos creadores de su temperamento, que es su sabiduría. Para ellos el carisma artístico es la proa que surca los mares y que deja una estela indeleble sobre la superficie de la memoria colectiva, y como no aman en demasía la propia obra, no son vanidosos, sino prolifjos.

Toda forma de arte es autobiográfica, porque relata a través de obras el devenir vital de su autor. El cariz de una existencia particular forma una obra artística singular, de modo que una obra comienza, en realidad, con el labrado de la propia vida del artista. Conformarse una especie de cristal propio que pueda refractar y descomponer en miles de combinaciones cromáticas distintas una sola sensación es la labor del artista auténtico.

La mezzo-soprano Joyce DiDonato (Kansas, Estados Unidos, 1969) se ha construido un prisma excepcional de perfiles claros, sólidos y arquitecturales. Poseedora de una técnica vocal sin mácula que le permite elevarse hacia cualquier lugar sonoro que desee, Joyce incluye o hace coincidir su devenir vital con su propia obra, arrastrando su vida —por fuerza artística— a las tipologías más extremas de los personajes de las óperas de Georg Friedrich Händel, pues un carácter adecuado para la elegía pseudomitológica barroca la llevó a los estudios de grabación en 2008 —dirigida por Christophe Rousset y su formación, Les Talens Lyriques— para obtener el excelente *Furore* (Virgin Classics): una compilación de arias de furor o frenesí, locura de índole divina que de acuerdo a la filosofía platónica obedece a la incursión súbita de una divinidad en la frágil psique de un(a) mortal.

El trazo refulgente que es el camino de esta artista la ha llevado del barroco al clasicismo vía dos de las grandes óperas mozartianas: sus interpretaciones del papel travestido

Idamante, el amoroso hijo de Idomeneo, por un lado; y de la hermosa e incondicional Donna Elvira en la obra maestra por excelencia, *Don Giovanni*, por el otro, que han sido recibidas con estentóreas ovaciones en los principales teatros y festivales del mundo. Y, finalmente, su trazo la ha llevado del clasicismo al clasicismo ácido del Bach bufón, Gioachino Rossini, a través de su más reciente producción discográfica aparecida en 2009: *Colbran, The Muse* (Virgin Classics), un homenaje y, al mismo tiempo, un travestirse de Isabella Colbran (1785-1845), la legendaria mezzo-soprano que Rossini consideraba la más audaz intérprete de sus creaciones.

Es de particular relieve el hecho de que Joyce DiDonato lleve un *blog*, Yankee Diva (yankeediva.blogspot.com): una suerte de bitácora de su vida cotidiana (vida cotidiana, cierto, pero pletórica de música, viajes y ciudades llenas de arte y de esplendor), donde apunta impresiones y sucedáneos de toda índole, o donde relata sus experiencias por medio de fotografías tomadas desde su iPhone. La obra maestra, en realidad, comienza con la propia vida. Las aguas de los ríos caudalosos que llevan los artistas que pertenecen al linaje del carisma artístico dejan una sola y fundamental enseñanza: “cantante, pintor o poeta: encuentra tu propia claridad, ésta se halla en tu propia vida...” ◉

* *Artifex sui*, voz latina que significa “artífice de sí mismo”. En la visión de la filosofía estoica, un principio ígneo modela todas las cosas; al esforzarse por crear obras de la misma manera que el fuego divino, el artista se modela a sí mismo.